

La riesgosa amistad con

La Gracia no es una "cosa". Imágenes de la amistad con Dios. ¿La moral cristiana es una ética natural rociada con agua bendita? Los mandamientos tienden a esclerotizarse en formalismos éticos o convencionalismos sociales (el adulterio es mal visto, no queda bien en una sociedad). Apartarse del pecado en lugar de acercarse a Cristo. El enfoque forense de la confesión. Más allá del orden y desorden.

Un teólogo protestante actual, Karl Barth, ha reprochado a los católicos por haber transformado a la **Gracia**, relación personal con Dios, en una cosa, algo impersonal y neutro. Al insistir demasiado en que la gracia es la "luz" interior, el "agua" que sacia nuestra sed espiritual, el "alimento" sobrenatural, un "adorno" del alma, puede relegarse lo más importante: que la gracia es el cariño que Dios nos tiene, su perdón, su inquietud por nosotros, la mano que nos tiende, nuestro diálogo con Él.

Algo semejante podría ocurrir con nuestro modo de concebir el **pecado**, imaginándolo como una "mancha" del alma, una "enfermedad" espiritual, una "deuda" religiosa, un "desorden" interior. En esta línea, el confesarse se asemeja-

ría a un poner orden en la vida, como si el sacerdote extendiera un certificado de buena conducta, diera de alta a los enfermos del alma o entregara un recibo por el pago de las deudas espirituales.

En la confesión, por el contrario, debe acentuarse el significado de **encuentro** entre Dios y el hombre. No de un encuentro para hacer tratativas, de igual a igual, puesto que se acerca un pecador a los pies de su Salvador, sino de un encuentro como tuvieron con Cristo, Nicodemo, de noche, o la samaritana, junto al pozo de Jacob (Evangelio escrito por Juan, capítulos 3 y 4).

Lo importante es el encuentro con el **Salvador** y no el mero hecho de la **salvación**. Los discípulos de otro teólogo protestante actual, Bultmann, fueron demasiado lejos al reducir el mensaje cristiano a "**el paso de un estado de inautenticidad a otro de autenticidad**". Las categorías existenciales de Heidegger, en este caso, dejaron en la penumbra o volatizaron a la persona de Cristo. Y podríamos también nosotros dejar algo de esa impresión cuando concebimos la salvación cristiana simplemente como **el paso de un estado a otro**, del pecado a la gracia, de la muerte a la vida.

Dios



LA "PELIGROSA" AMISTAD CON DIOS

Podemos expresar nuestra unión con Cristo a través de diversas imágenes de la Biblia o de los Santos Padres. La más difundida de todas es la de "**Cuerpo místico**": Cristo es la cabeza y todos nosotros juntos formamos el cuerpo. El cerebro rige las actividades vitales del organismo. De modo semejante, decimos que la vida divina llega a nosotros a partir de Cristo, nuestra cabeza. Pero todo esto ocurre más bien en el plano de la **naturaleza**, no tanto de la **persona**, que es lo más intransferible, incommunicable, individual e inefable de nosotros mismos. No nos imaginamos al brazo dialogando con la cabeza, como una persona con otra.

La imagen del **renacimiento espiritual**, mediante el bautismo o la confesión, corre el peligro de ser entendida exclusivamente de acuerdo a nuestro nacimiento natural. Hemos entrado en este mundo sin dialogar con nadie, sin preguntar ni ser interrogados. El hecho, incluso, de haber sido bautizados en una total infancia (sinlocución), y el que gran número de cristianos reciban la unción de los enfermos ya en estado de coma, puede llevarnos a la idea de que el

renacimiento espiritual no exige de nosotros una toma de conciencia, una decisión personal.

Encontramos en la Biblia otra imagen. Se presenta a la Iglesia (comunidad de los creyentes) como la **Esposa de Cristo**. Separada de su esposo, aquí en la tierra, peregrina por la historia recordando su muerte (en la misa) y esperando su vuelta. Esta imagen se aplica muy bien al conjunto de los creyentes. Pero no es tan sencillo explicarle a un muchacho que él es la "esposa" de Cristo. Debemos, así, recurrir a ciertos artificios literarios: nuestra alma —supuestamente femenina— se desposa con Cristo. Y aún en el caso de creyentes del sexo femenino, debemos preguntarnos si la imagen del desposorio con Cristo no corre el peligro de ser vivida en un sentido menos "místico", orientándose inconcientemente hacia la búsqueda de una complementación psicológica.

Por todo ello, es preferible centrar la atención en otra imagen: la de **amistad con Dios**. Reconozcamos, de antemano, las limitaciones que presenta la figura de Cristo como amigo. Sugiere un cierto **plano de igualdad** con el Señor, puesto que a ello tiende naturalmente la amistad humana. Resabios de esta nivelación humanista se

traslucen en otras expresiones, como: Cristo nuestro hermano, nuestro jefe, nuestro maestro. Puede conducirnos igualmente, esta imagen de la amistad, a un cierto **individualismo** en materia religiosa, ya que la amistad tiende a ser exclusiva. Podríamos llegar a pensar que los demás no deben inmiscuirse en nuestra relación con Dios, ni siquiera el confesor, que parecería profanar el secreto de la intimidad.

Y otro peligro se manifiesta en la **tendencia a restringir inconscientemente la universalidad de la redención**: "Cristo tiene sus amigos, sus almas fieles, en las que encuentra reposo su Corazón dolorido..." Pero es tan elevado el concepto que nos formamos de la amistad, de la "aristocrática" amistad con Dios, que Cristo debe tener, indudablemente, muy pocos amigos. "Es imposible que encuentre consuelo entre tantos malvados e impíos. Y aún los buenos cristianos deben superar pruebas de fuego para hacerse acreedores a la amistad divina..."

Los mismos sacerdotes y religiosos no somos insensibles al peligro de sentirnos perteneciendo al "**número de los elegidos**", como si con los demás hombres, una masa "cuasi-condenada", mantuviera Cristo cierta distancia y reserva interior. Pero dejando de lado éstas y otras inevitables reservas, pasemos a considerar el aspecto positivo de esta imagen, para expresar nuestro encuentro con el Señor.

PECADOS ETICOS O PECADOS RELIGIOSOS

La amistad polariza las relaciones entre dos personas. Si el amor entre marido y mujer ha fundido lo más noble de sus dinamismos en una amistad, toda otra relación será un renovar y acrecentar esa amistad. Pero si no se ha superado el nivel biológico de la auto-satisfacción, aparecerán, en el seno de tal matrimonio, relaciones erráticas, descentradas, que son asumidas por los amantes con mayor o menor desgano. Constituyen **la otra cara del amor**, parecen surgir a pesar de él, como un tributo que pagar por una felicidad relativa y un tanto efímera. Debe llegarse, entonces, a acuerdos regionales, para lograr una equitativa distribución conyugal de las cargas. Junto a la relación de "amor" (en sentido desvirtuado y popularizado), coexisten **otras relaciones jurídicas**: derechos de cada uno que suponen obligaciones en el otro.

En tal situación, se tenderá, con el tiempo, a considerar las debilidades matrimoniales, no ya como ofensas inferidas a la **persona** del cónyuge, en quien se encarna propiamente el complejo jurídico, sino como faltas a los deberes del propio estado. **Se ha cosificado**, de este modo, al otro en una entidad despersonalizada de deberes que cumplir y necesidades que solventar.

Y es posible que nos acerquemos a la confesión con la conciencia cargada de faltas contra un complejo de deberes que nos parecen agobian-

PEUSER

**Les resuelve el problema a
estudiantes primarios y secundarios**

Útiles, textos, guardapolvos

**EN CUOTA SIN RECARGO
ABRIENDO SU CREDITO A
SOLA FIRMA**

Infórmese Casa Central:
San Martín 200
T. E. 33-7551

Sucursales:

ONCE:

Rivadavia 2718
T. E. 87-7305 y 87-7306

CONSTITUCION:

Lima 1686
T. E. 26-1038 y 26-1387

LA PLATA:

Ing. Monteverde esq. 53
T. E. 2-0538 y 2-6903

RIO CUARTO:

General Paz 867 - T. E. 1177

MENDOZA:

San Martín 1454
T. E. 15359 y 18617

CORDOBA:

Rivera Indarte 180
T. E. 98514, 96298 y 6075

ROSARIO:

Córdoba 1164
T. E. 24499 y 25627

SAN JUAN:

Rivadavia 67 - Oeste - T. E. 4707

SALTA:

España y Zuviría - T. E. 16525

RESISTENCIA:

Tucumán 152 - T. E. 4124

tes. Despersonalizamos, así, al Dios que nos perdona, nos ubicamos en una **neutralidad ética**, bajo dos formas fundamentales:

En primer lugar, privando a la moral cristiana de su sentido sobrenatural. El peligro viene de muy lejos, de presentar a la moral cristiana como una ética natural rociada con agua bendita. Se estudiaban los mandamientos con independencia de los sacramentos, como imperativos éticos de dos órdenes diferentes, natural y sobrenatural. La batalla del matrimonio, por ej., parecía haber sido perdida por el **sacramento** correspondiente, para quedar a merced del sexto y noveno **mandamientos**. Privaba el "deber" de lo mandado, sobre el "significar" de lo consagrado. Lo que debía ser un **mensaje**, una revelación de la fecundidad del amor humano, se transformaba en una **carga**, en un nuevo motivo de faltas. Moisés había permitido el divorcio por causa de adulterio. Y Cristo no vino precisamente para "**prohibirlo**", estrechando la legislación, sino para mostrarnos cómo el amor matrimonial entre dos creyentes es más fuerte que la muerte, que el adulterio y que otras debilidades humanas, porque es, en el fondo, un reflejo del amor que Él mismo tiene por su Iglesia, santa por estar unida a Cristo, pero también llena de infidelidades, por estar compuesta de hombres pecadores.

Quien aún no ha recibido el don de la fe, no comprenderá por qué el sacramento del matrimonio es una promesa indisoluble. Ni nuestros mejores teólogos o filósofos podrían demostrarle rigurosamente que el **divorcio** no está de acuerdo a la **ley natural**. Al menos así lo pensaba el Cardenal Bellarmino, Doctor de la Iglesia.

En resumen, los mandamientos, naturalizados, des-sacralizados, tienden a esclerotizarse en formalismos éticos o en convencionalismos sociales (el adulterio es mal visto, no queda bien en una sociedad).

Para la fe cristiana, sin embargo, no existen pecados naturales y pecados sobrenaturales, según los órdenes infringidos. Todos afectan igualmente a nuestra situación de **salvados en Cristo**. El cristianismo no es una **religión ética** (como la Doctrina de Confucio o el moderno Deísmo), sino una **religión soteriológica** o de salvación. No consiste primordialmente en el cumplimiento de una ley, sino en la aceptación de la salvación que Dios nos ofrece, aceptación que supone la humildad de reconocerse pecador, y en el asumir la responsabilidad por la salvación de todos los hombres.

DESCOSIFICAR EL PECADO

Pero una vez ubicados los mandamientos en el horizonte de la fe, podemos aún mantenerlos en una esfera autónoma en relación a la persona de Cristo. La misma palabra "**pecado**" engendra un significado despersonalizante. "**Peccare**" es tra-

ducido por los diccionarios latinos como: traspasar los límites de lo justo, faltar a la ley, delinquir, faltar al deber. Se formó, si admitimos la etimología de Vosios, de "**pecurare**", esto es, "**pécudum modo ágere**" (comportarse como los animales). Expresa, por tanto, un rebajamiento de la **naturaleza**, un asimilarse a las bestias, sin la menor referencia a una relación **personal**.

Se insiste, incluso, en describir el avance o retroceso en la vida cristiana desde un punto de vista negativo: **apartarse del pecado**, en lugar de decir: acercarse a Cristo. A tal cosificación del dinamismo cristiano, en torno a la cosa pecado, se debe, en no poca medida, el tinte sombrío de algunas almas obsesionadas por desprenderse de sus pecados, como si fueran objetos que se pueden manipular libremente. Debería bastarles el **estar con Cristo** que ya ha extendido su mirada misericordiosa sobre las debilidades humanas.

Querer analizar químicamente cada uno de nuestros pecados, para descubrir en ellos nuevos residuos éticos, equivale a imaginar a Cristo como el gran inquisidor de nuestras culpas, exigente y terrible en su misma misericordia. ¿Qué otro pecado? ¿cómo, cuánto, dónde...? hasta terminar la rendición de cuentas. Para evitar esto, la Iglesia impone ciertos límites al sacerdote demasiado celoso, que busca "**dejar en descubierto**" al penitente. El deseo de ayudarlo, no ha de transformar la confesión en un interrogatorio policial. El peligro de un enfoque exclusivamente forense de la confesión puede quedar superado si nos ubicamos en el dinamismo de la amistad, de nuestra amistad con Cristo. Al perdonar una ofensa, lo primero y directamente perdonado es la **ofensa como totalidad**, y no una serie de acciones inamistosas, paso a paso, hasta haber alcanzado cierta medida de satisfacción en un proceso cuantitativo.

No se repara la ofensa (relación personal) porque hayan sido reparadas previamente las normas de conducta violadas (relación impersonal). Al contrario, porque Cristo nos perdona la ofensa por pura benignidad, nos hallamos situados automáticamente **más allá del nivel del orden y desorden** que hemos ocasionado con nuestra conducta pecaminosa. No significa esto que el orden moral caiga fuera de la consideración del cristianismo, sino que sólo tiene sentido, para los creyentes, en Cristo y no en sí mismo. Si pretendiéramos reparar previamente el orden violado, para que se siguiera de allí consecuentemente la ab-solución o liberación de nuestras faltas, estaríamos resucitando la herejía pelagiana. La amistad con Dios no la logramos por nuestro propio esfuerzo, no la merecemos "**portándonos bien**". Por el contrario, Dios nos concede su amistad, merecida por Cristo, y si no la rechazamos encontramos en ella la fuerza y la exigencia de una conducta moral.

Ignacio Pérez del Viso, S. J.